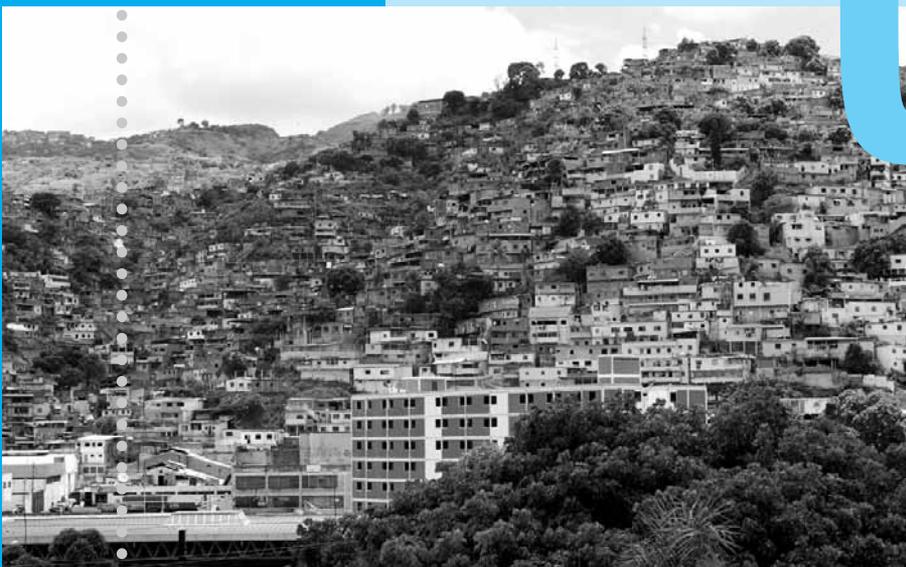


Lo primero que hizo Jesús fue convocar una fraternidad

Estar con los pobres

Pedro Trigo, s.j.*



JUAN ANDRÉS SOTO

Este artículo abre camino para un dossier dedicado a lo que hace el Centro Gumilla desde el punto de vista formativo en los barrios de Caracas y del interior, una labor de años que ha evolucionado y que hunde sus raíces en la vocación cristiana teniendo como telón de fondo una realidad dura

Optar por los pobres es una decisión no tan fácil de tomar y muy difícil de mantener. Porque no es optar por algo que está en el horizonte societal como una de sus posibilidades. No es como ser aficionado a un club deportivo o dedicarse a practicar algo como dedicación de tiempo libre o como escoger una profesión. Optar por los pobres conlleva replantearse la relación con la sociedad y más estrictamente con el establecimiento que se resigna a su existencia, más aún que los produce y los desprecia.

Por eso, cuando no es una mera inclinación benevolente que no compromete a la persona de raíz, ni algo marcadamente ideológico como lo es, por ejemplo, el populismo; cuando, por el contrario, es una especie de alianza horizontal y permanente por la que yo los considero los míos y quiero que ellos me consideren suyo, se presenta, de hecho, se lo teorice así o no, como una alternativa y por eso comporta una cierta trascendencia. Más aún, solo se mantiene por ella. No solo por la autotranscendencia que entraña en los sujetos, que tienen que nacer a un tipo de relación inédita, sino también por la que se precisa para mantenerse en el conflicto que lleva en sus entrañas la aparición de un nuevo tipo de relaciones sociales y tendencialmente por la aparición del pueblo como sujeto histórico.

Para un intelectual esta opción contiene también el problema teórico de por qué valorar a personas que parecen caracterizarse por sus múltiples carencias o, cuando se ha llegado a ver el carácter dialéctico de la pobreza, por privaciones injustas. Ese estatuto humano parecería llevar a la opción porque se supere la injusticia estructural y se logre el desarrollo integral. Llevaría a la opción contra la pobreza, que acarrearía

*Nosotros
acompañábamos
y dábamos multitud
de cursos
y participábamos
de encuentros
y suministrábamos
materiales, tanto a las
personas que habían
ido a vivir a los barrios,
como a los grupos
de vecinos que se iban
formando y a sus
líderes.*

que los que parecen encontrarse en el umbral de lo humano lleguen a ser humanos. Pero eso no sería lo mismo que optar por los pobres, que es optar por esos seres humanos concretos.

¿Se puede optar por lo que no se presenta como valioso? No, si absolutizo la cultura vigente y yo me entiendo como un miembro cualificado de ella. Sí, si no me defino por la cultura a la que pertenezco sino por situarme ante el rostro del otro necesitado que me requiere. Desde esa posición primigenia, responder a ese requerimiento es la única posibilidad de llegar a ser yo mismo valioso. Desde esa perspectiva trascendente la pregunta queda invertida: ¿se puede no optar por el que me pone a valer?

Si pongo mi vida en responder al requerimiento del otro necesitado, ingresando de algún modo a su mundo, descubriré que la categoría de necesitados no es la más decisiva en él. El reto teórico es descubrir en ellos, no solo la desnuda humanidad, con la dignidad absoluta que contiene, sino específicamente la trascendencia que encierra el acto de vivir cuando faltan las condiciones que estimamos como mínimas y cuando se da, por el contrario, la explotación, la estigmatización, el abandono y la solicitud populista a salir de la irrelevancia social como colaboradores del líder que los pone a valer.

Mientras se opta por los pobres desde la Ilustración, sea la Ilustración liberal o la socialista, se opta por ellos como universalidad negativa, o sea que, en rigor, no se opta por ellos sino porque dejen de serlo. Por eso, desde la Ilustración liberal, el objetivo es la promoción popular, entendiendo que el paradigma es el de la modernidad que, por hipótesis, no poseen los pobres. Por eso con la mediación del promotor, si todo marcha bien, llegan al estatuto de promovidos: participio pasivo, no sujeto agente. Desde la Ilustración socialista, el objetivo es la concientización y la organización popular, pero, como en el caso anterior, solo llegan a la condición de sujetos de la historia cuando se inscriben en el Partido, que es la conciencia a la que el proletariado (y mucho más el pueblo y, más todavía el pobre) nunca puede llegar por sí mismo.

HORIZONTE IDEOLÓGICO

Al explicitar este horizonte previo estamos queriendo asentar desde el co-

mienzo que para un Centro de Investigación y Acción Social, que eso es el Centro Gumilla, no le resultaba nada fácil optar realmente por el pueblo y más específicamente por el pueblo pobre como tal, en un ambiente dominado por el imaginario ilustrado en cualquiera de sus dos versiones.

Los que lo iniciaron en 1968, además de sindicatos cristianos independientes, habían realizado una vasta campaña entre la juventud (los Cursos de Capacitación Social) que sembró un horizonte ideológico que, desde la visión y el fermento cristiano, se proponía como una superación dialéctica, tanto del capitalismo liberal como del socialismo marxista.

Se pensaba que lo más medular de ambos consistía en la justicia social que perseguía el socialismo al privilegiar al trabajo sobre el capital. Pero que había que negar de él la absolutización del Estado y del Partido, que negaban la condición sagrada de las personas a cuyo servicio debían estar, tanto el Estado y el Partido, como, por otra parte, el capital. Del liberalismo capitalista se retenía su afirmación de la libertad pero entendiéndola no de modo individualista ni vacío, es decir, autárquico, más allá del bien y del mal, atendido a las propias preferencias, sino dirigida a la verdad y al bien, que no era el de cada individuo suelto, como si los seres humanos no estuviéramos anudados por lazos constituyentes (para nosotros, los cristianos, los de hijos de Dios y hermanos de todos desde el privilegio de los pobres), dirigida a la constitución de la humanidad como una familia de pueblos.

Por eso la alternativa que proponíamos era la justicia social en libertad. Y el motor eran los seres humanos con sus asociaciones básicas (como la familia, las vecinales y municipales y la empresa, concebida como comunidad) y con las asociaciones intermedias, se entiende que entre las básicas y el Estado. Sin esas organizaciones, que actuaban conjuntamente el principio de subsidiariedad y el de solidaridad, se estimaba que se caería en el totalitarismo, sea del Estado sea de las corporaciones mundializadas.

MEDELLÍN Y COMUNIDADES DE BASE

Éste era el horizonte básico del Centro y de la revista *SIC*, revista venezolana de orientación, según rezaba el subtítulo. Desde ese horizonte, se coincidía con la orientación de la campaña de Calde-

Mientras se opta por los pobres desde la ilustración, sea la ilustración liberal o la socialista, se opta por ellos como universalidad negativa, o sea que, en rigor, no se opta por ellos sino porque dejen de serlo.

ra que había enfatizado la promoción popular, pero no desde el Estado sino a partir de organizaciones de base. Por eso, cuando, ya presidente, tuvo miedo de dar ese paso como política de gobierno, temiendo que sería interpretado como un peligroso giro a la izquierda, SIC lo criticó y de hecho se desmarcó de él.

La inspiración de enfatizar las comunidades y más en general las organizaciones de base y la legitimación para hacerlo tuvo que ver, tanto para el Centro Gumilla como para un grupo muy significativo de cristianos venezolanos y más en general latinoamericanos, con la asamblea de Medellín (1968), que fue la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, cuyo texto bandera fue precisamente: “alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base” (2,7).

En nuestro país un grupo minoritario, pero significativo de cristianos, sobre todo religiosas y religiosos y algunos curas seculares, secundando esta recepción latinoamericana del Concilio, se insertaron en los barrios, como concreción de la encarnación por abajo, que era la consigna que resumía el *pathos* (la pasión que despertó) y el *ethos* (su exigencia insobornable) del Concilio en su recepción latinoamericana.

Providencialmente esta ida al pueblo de la vida religiosa coincidió con el paso de la vida regular (la vida regulada por la regla simbolizada en la campana) a la comunidad como fraternidad evangélica directa y abierta. Sin este paso no habría sido posible insertarse, es decir, vivir en casas de vecinas como unas vecinas más, aunque fueran muy especiales porque habían venido voluntariamente al barrio y porque vivían como hermanos. Fue providencial porque solo desde esa plataforma desritualizada y en cierta medida desinstitucionalizada era posible tomar contacto horizontal con los vecinos y ser fermento de grupos y comunidades.

En una reunión de planificación tenida en 1973 el Centro Gumilla decidió, superando el esquema de separación de planos con el que se había iniciado, asumir como uno de sus objetivos acompañar estos procesos de transformación de la vida religiosa y más en general del cristianismo, porque apostábamos por su relevancia para la transformación del país en la línea que habíamos elegido

y porque era a la vez un ejercicio del tipo de vida cristiana al que sentíamos que nos llamaba el Espíritu como parte de la Iglesia latinoamericana.

Para la preparación de Puebla en 1978 pensábamos que ya existía esa red de organizaciones cristianas populares. Y al entregar las conclusiones de Puebla, la red se aquilató y, digamos, fraguó como tal. Y durante la primera mitad de los 80 no hizo sino acrecentarse y solidificarse.

Nosotros acompañábamos y dábamos multitud de cursos y participábamos de encuentros y suministrábamos materiales, tanto a las personas que habían ido a vivir a los barrios, como a los grupos de vecinos que se iban formando y a sus líderes. Encuentros locales, regionales y nacionales. De ellos y para ellos fueron naciendo el Curso latinoamericano de cristianismo y el Curso de formación sociopolítica, además de otros materiales no seriados. Nacían muy artesanalmente y en las sucesivas ediciones se iban mejorando y actualizando.

GRUPOS Y COMUNIDADES

¿Por qué no quisimos llamar, como en el resto de América Latina, comunidades eclesiales de base sino grupos cristianos populares? Porque caímos en cuenta de que en nuestros barrios no había comunidades humanas. Quienes habían llegado del campo eran conuqueros y gran parte de los conuqueros habían sido antes peones de hacienda. Lo que estaba en el sustrato histórico era la servidumbre. Se habían liberado para vivir en libertad por el respeto que se tenían a sí mismos. A la ciudad fueron, no solo a conseguir mejores condiciones de vida sino, más aún, a buscarse a sí mismos, a constituir su identidad en esa empresa. Como era una empresa digna, como todos estaban en lo mismo, la relación del barrio, desconocida en la ciudad, fue la convivialidad: vivir abierto a los demás, con una interlocución constante y con lazos profusos de campechanía y de ayuda mutua, tanto para constituir el habitat físico, como la casa de cada quien, como lo que podríamos llamar la ley del barrio: lo que el barrio aplaude y fomenta, lo que tolera y lo que desaprueba. Pero estas relaciones se dan en el entendido de que cada quien es dueño de sí y de lo suyo y que las relaciones se mantienen hasta que cada uno de los que las

... lo que más llegamos a percibir, y por eso nos sentimos agraciados por ellos, es la densidad de la realidad, de su realidad humana, porque cargaban mucho más que nosotros con el peso de la realidad y habían logrado que no los aplastara sino que los aquilatara.

ejercen las juzgue positivas. Permanece cada individuo como tal. No se llega a la constitución de nosotros comunitarios ni de verdaderos cuerpos sociales. El nosotros respecto de los otros es meramente diacrítico: sirve para distinguir un colectivo del otro, un grupo de los demás vecinos, un sector de otro del barrio, un barrio de otro o los barrios de la ciudad; no para caracterizar internamente el colectivo barrial.

Desde nuestra experiencia el catalizador que provocó y acompañó el proceso de formación de comunidades fue la comunidad cristiana. El cristianismo en que renacieron quienes fueron a los barrios estuvo inspirado en los evangelios y es claro que lo primero que hizo Jesús fue convocar una fraternidad, porque solo ella podría ser el sujeto de la misión de hacer de la humanidad la familia de las hijas y de los hijos de Dios. A los barrios fueron comunidades evangélicas, que por eso estaban capacitadas para constituir comunidades cristianas y comunidades humanas. Por eso a través de ellas se fue constituyendo, muy poco a poco y nunca del todo, la comunidad vecinal, animada por multitud de grupos y asociaciones y por la comunidad cristiana.

SUPERAR LA RELACIÓN ILUSTRADA

A pesar del impulso trascendente a encarnarse, siguiendo la lógica del modo divino de salvarnos (no desde arriba y desde fuera sino desde dentro y desde abajo), el imaginario ilustrado estaba tan consustanciado que la mayor parte de los que fueron y de los que apoyamos, a pesar del estilo horizontal y la apertura cordial a los vecinos, de hecho funcionamos en el esquema de bajar la línea (ilustración socialista) y de promover (ilustración liberal).

Bien es verdad que, en nuestro caso, la inducción, lo que salía de la percepción y de la praxis, tenía más relevancia que lo que habíamos aprendido en los libros, y eso suponía un cierto desmarcarse del ambiente; pero, en todo caso, los que elaboraban lo que iba saliendo éramos los intelectuales.

Sin embargo, en el camino sucedieron dos cosas que modificaron completamente la relación: una que, como se daba la palabra a la gente, empezamos a percibir que no solo hacían observaciones y razonamientos que coincidían con nuestras apreciaciones sino que nos daban que pensar y, lo que es mucho

más, nos daban qué pensar. Eran, pues, sujetos como nosotros, pares de nosotros, y poco a poco así comenzamos a considerarlos.

La segunda aconteció más a quienes habían ido al barrio, aunque de otro modo también nos pasó a nosotros. Consistió en que en situaciones difíciles de incompreensión eclesial o de marginación social e incluso a veces del propio grupo que los había enviado, de soledad, y, sobre todo, de llegar a callejones sin salida por la involución política y social, gente de la base acompañó realmente a esas personas y les dieron ánimos y razones para seguir. Habían ido a ayudar y se encontraron ayudados. De este modo las relaciones se volvieron radicalmente horizontales y mutuas, realmente fraternas.

Todo eso también nos tocó a nosotros, aunque lo que más llegamos a percibir, y por eso nos sentimos agraciados por ellos, es la densidad de la realidad, de su realidad humana, porque cargaban mucho más que nosotros con el peso de la realidad y habían logrado que no los aplastara sino que los aquilatara. Eso nos admira y sobrecoge: es la presencia de lo sagrado. Ellos nos enseñaron, en segundo lugar, a vivir de fe: puestos realmente en manos de Dios y por eso en paz cuando se vive a salto de mata. Y, en tercer lugar, nos enseñaron a dar de su pobreza y nos dieron realmente de ella. Y esto es un verdadero milagro de amor. El milagro, por otra parte, del propio Jesús, que *se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza*.

Como se ve, esta historia nos desborda y no es fácil proseguirla en cada coyuntura cambiante.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.